

Víctor Ruiz Iriarte

Champagne

Continuamente, la leyenda se convierte en realidad. La acción del momento, aun provista de rasgos evidentemente reales, se trueca, en virtud de la fantasía de los ejecutores, en romanza evocadora de tiempos pretéritos. Es noble impregnar de poesía cualquier acto más o menos vulgar. Pero es absurdo querer apreciar románticamente momentos cuyas consecuencias posteriores han de ser funestos para la misma persona objeto del momento. Porque es el momento quien lo es todo. De él dependemos todos y aun la misma vida. No sirve querer, si el instinto no es propicio a que se quiera. No podemos negarnos si la sugestión del minuto es tan atrayente, que implica una cobardía la negociación...

En nuestra memoria están todavía días pretéritos, en que príncipes e infantes, por el hecho inconsciente de nacer hijos de reyes, al llegar a las más tiernas edades, vestían un diminuto uniforme militar y eran nombrados –un poco poéticamente– jefes honorarios de compañías y regimientos. Y ellos, sonrientes y gozosos, devolvían saludos a las tropas en las revistas militares desde la altura soberana de un balcón del Alcázar. La escena era mirada con simpatía por algunos curiosos callejeros. Con sonrisa bonachona por todos. Con un poco de envidia añorante en algún arrapiezo de la misma edad que el chiquitín encumbrado. ¿Pero, y el ídolo militarizado? ¿No experimentaría alguna vanidad al ver que tantos cientos de hombres cuidaban la corrección en sus pasos ante su minúscula personalidad? La vanidad se engendra en cualquier motivo por ínfimo que sea. No busca razón; le basta con la causa. No es preciso realidad, es suficiente con la fantasía. Y crear un alma vanidosa, con prejuicios, en un cuerpo infantil es quizá formar para mañana un espíritu precozmente halagado por el estruendo del triunfo...

Y este es el caso de esa menuda silueta fotografiada que hemos contemplado estos días en los diarios madrileños. El hijo del Presidente de la República Dominicana –cinco años de edad– ha sido nombrado coronel honorario de los ejércitos nacionales. Bajo la espléndida visera de su gorra de coronel asoman unos ojos temerosos, asustadizos... Puede ser pavor infantil ante la presencia de la máquina fotográfica, pero hace pensar si no será el miedo –inédito para su entendimiento incultivado– ante un mañana que ya no tendrá sorpresas para él, puesto que hoy ya lo es todo...

* * *

Schopenhauer decía que un hombre docto y culto en una materia se convertía en plebe ignorante al querer dominar los temas que no había llegado a aprender. Yo entiendo la cultura de otra forma. Ser hombre culto demuestra una sumisión razonada a lo que otros crearon. Aprender como estudiante no es formar como maestro. Un filósofo es quien crea «su» filosofía. No el copista que repite las frases que otro escribió. Hegel es el maestro de Schopenhauer. Este odia al maestro pero no puede librarse de su sugestión. Lo mismo esa cultura de que todos procuramos adueñarnos; no podemos interpretarla nunca como un mérito; si acaso, con agradecimiento a un don que nos otorgan, y que nosotros asimilamos un poco forzosamente. Lo que sí puede hacer sentirnos orgullosos es la cultura que nosotros formamos para los demás... Y ese género de

enseñanza todos podemos hacerlo, aunque sea un poco espiritualmente... Con el pensamiento; no con la inteligencia.

* * *

Un espectáculo desconsolador y que humilla a cualquiera que sienta respeto por el Arte son esos puestos ambulantes de libros que surgen en legiones por las principales calles madrileñas. En ellos se encuentran, por precio inferior a su costo, libros completamente nuevos de los mejores autores mundiales. Y lo que ofende no es la venta pública de los volúmenes. Es que en el afán comercial de los vendedores, se cotizan más bajo Verlaine, Víctor Hugo, Kant, Baudelaire y Lope de Vega, que Ortega y Frías o «El Caballero Audaz». Si hay alguien que rebusca en el montón de los gloriosos corre el riesgo de ser obsequiado con una mirada de conmiseración por el traficante del Arte. Hay ocasiones en que el vulgar piensa que es loco todo el que no siga su vulgaridad. Y al pararse un instante a pensar, se saca en consecuencia que, desgraciadamente para algunos, tiene más valor la prosa folletinesca a precios caros que la sabiduría pensadora de los maestros, vendida trozo a trozo por unos céntimos...

* * *

He contemplado en plena calle un mendigante que exhibía a su lado carteles y retratos, maltratados y añejos, como pregón de sus antiguos tiempos teatrales. La curiosidad me arrastró a fijarme en el texto; en un tipo de letra viejísimo, los carteles me decían que el que hoy pedía limosna antes había andado unos pases en el camino de la Gloria...

Mis ojos intentaron buscar los suyos en una rápida intuición comunicativa:

—¡Crees medio eficaz para excitar la caridad de los demás demostrar que has sido antes lo que no puedes ser ahora! Piensas hacer de la admiración que entonces merecías un estímulo para el socorro que ahora precisas... No has pensado que, a veces, con la intención de hacer más digno el presente, solo conseguimos enturbiar un poco más el pasado. La vida de un hombre no hay que juzgarla por lo que haya sido ayer sino por lo que es hoy o pueda ser mañana... Cada acto, como cada pensamiento, son puntos aislados en la perspectiva de la vida. La verdad de ahora es siempre más fuerte que la verdad de antes, que por lejana, parece mentira disfrazada...

Un momento se cruzaron nuestras miradas y sus ojos, sin hablar, pusieron término a mis reflexiones con la respuesta suplicante y enérgica:

—¡Si serás tan necio que creerás que es por mi gusto!...